

EVOCACION  
DE PREGONES  
DE LA  
HERMANDAD  
DE MÁLAGA  
LA CALETA

IGLESIA DE SANTIAGO APÓSTOL

MALAGA 1 DE MAYO DE 2021

Desde esta tribuna, que hoy me brindáis de nuevo, agradezco a nuestro Hermano Mayor y a todos los miembros de su Junta de Gobierno, la confianza depositada en mi persona para este acto, vuelve a ser un honor para esta humilde rociera.

Quiero que mis primeras palabras sean de agradecimiento, en el recuerdo, a mi querida Pilar Serrano, por la presentación que hizo aquel día sobre mi persona con unas palabras tan llenas de cariño, aliento y elogio, un discurso que me inundó de satisfacción y orgullo.

De nuevo, y como en aquel día mostrar mi respeto a los grandes pregoneros que nos precedieron, llenos de maestría, elocuencia y elegancia en el arte del buen pregonar.

Me siento muy orgullosa de pertenecer a ese elenco de hermanos, que han ido anunciando nuestras romerías. Vuelvo a conmemorar que nunca hubiera imaginado ser un día pregonera de esta Corporación que tanto ha significado para mí y a la que tengo un especial cariño y respeto.

Me conocéis de sobra y mi pertenencia a la Hermandad desde marzo de 1990, es el único mérito que atesoro, para volver a este atril a transmitir a todos, los sentimientos romeros y peregrinos que se siguen agolpando en lo más profundo de mi corazón.

Cuando fui consciente de mi responsabilidad ante este acontecimiento, vinieron a mi memoria los pregones de años anteriores y cada vez veía más difícil mi decisión de pregonar, pero a día de hoy es un recuerdo que me llena de orgullo y satisfacción.

Quiero que mis palabras puedan llegar a todos, a los que creen en una madre con la Advocación de Rocío y a los que tienen en el centro de su espiritualidad otras devociones, pero sobretodo, a vosotros, a los que un día partisteis hacia las marismas del cielo.

Mi pregón manifestó mi yo pleno. El Rocío no sólo es cante y baile, vino, panderetas y caballos, el Rocío es algo más grandioso, es honrar a la Madre de Dios, a nuestra Madre todos los días del año, Rocío es ayudar al que sufre, Rocío es creer en los jóvenes, Rocío es colaborar con la Iglesia y, sobre todo, con el que más lo necesite, en definitiva, tenemos que ser mañana mejores que hoy, aprender de los errores y sentirnos verdaderos hermanos en la amantísima Madre.

Por lo tanto, quiero volver a evocar mis recuerdos, mis experiencias, lo que pienso del buen hacer de un rociero, las pequeñas cosas que te hacen recordar tantos momentos vividos, y cuánto te han enseñado los hermanos con los que he convivido, especialmente hay dos personas a las que quiero mucho, y que aunque son muy jóvenes han sabido transmitirme la experiencia y sabiduría que demostraron cuando fueron Pregoneros de la Hermandad que tanto quieren, y que a pesar de ser tan jóvenes, están llenos de Rocío y de cariño a nuestra querida madre, la Virgen del Rocío, demostrándolo cada día. Mi cariño y admiración hacia Antonio Santiago y Pedro Camuña.

Cuando te haces hermano de una hermandad sin tener raíces rocieras se supone que no sabes nada del Rocío, ni de Hermandades, y menos aún, de las leyes del sentir rociero.

Se me antoja que el ser rociero es un carné que, como el de identidad, nos diferencia a todos los que veneramos a la señora de las marismas y que se obtiene cuando estamos llenos del espíritu de la Blanca Paloma. Todavía hay quien no lo ha obtenido, otros lo obtuvieron y lo perdieron porque lo que pretendían eran cosas ajenas a nuestra Hermandad.

Los rocieros tenemos la suerte de poder expresar nuestra fe y, además, ser reconocidos como hermanos dentro de nuestra sociedad, declarando al mundo que nuestra Madre, la Virgen del Rocío es principio y fin, Amor, comprensión, perdón, paciencia y amistad, tenemos por ello el compromiso y la obligación, como hijos de una misma Madre, de anunciarlo y acomodarlo a nuestros días. Algunos, sin embargo, no se comprometen con nada ni con nadie, y van a lo suyo. A esa gente es a la que nosotros tenemos el deber de acercarnos y demostrarles con nuestra actitud y obras que hemos aprendido lo que nos enseñaron nuestros mayores.

El rociero de verdad es el que va al Rocío para estar con la Virgen, y para honrarla.

Por tanto, lo diré una y mil veces que “el Rocío... es la Virgen”.

Las raíces del Rocío y de sus Hermandades, se adentran en el culto a la Madre de la Rocina, a la dueña del coto de doñana. Pregoneros, escritores y poetas han cantado y prosado al Rocío pero la que debe resonar y hacer eco en los pinares es la voz de una Hermandad que sabe cantar, rezar, caminar, parar, y contar historias y leyendas de rengues inolvidables que

quedan grabados en la memoria. La voz de un mensaje evangélico que conduce a la devoción y profundiza en la fe, una fe que empieza en el perdón que el pastorcito nos enseña. Porque una Hermandad con divisiones y falta de amor entre sus componentes incumple todas las reglas básicas de una Hermandad, y los hermanos necesitan de la unión, del amor y de la entrega.

Los caminos del Rocío son pasajes evangélicos humanos y espirituales de preparación para el encuentro con la que es consoladora de nuestros pesares.

Los caminos enseñan a los limpios de corazón a compartir y a perdonar, porque se camina con una única esperanza desplomarse ante la divina majestad de la azucena de Nazaret.

Llegó el anhelado día, atrás queda el Triduo, que nos permitió la reflexión para hacernos más receptivos, si cabe al sentimiento rociero y estar preparados para recibir a Dios hecho hombre, para hacernos suyos al caminar. Atrás quedaron momentos de espera, de muchas reuniones, de arreglos de carretas, de convertir en un finísimo joyel al arca que contiene el maná del cielo. La plata reluce regia, orgullo de orfebres, éxtasis místico para los que te veneran, como lo cantaba mi admirado Francis de Luisa,

“Me encanta mi Simpecao  
en esa blanca carreta,  
me gusta gritarle “vivas”  
a mi Hermandad La Caleta”.

“Me ha dicho a mí el Pastorcito  
que quiere ser peregrino  
y hacer con Caleta andando  
desde Málaga el camino”.

El florecimiento de primavera convierte tu barrio en un vergel por Pentecostés, el barrio que te vio nacer te regalará sus mejores presentes, esa carreta será engalanada con los mejores frutos que esta tierra puede

dar, y en cada giro de rueda sabremos que el abolengo de los malagueños de tronío viene andando con la Caleta.

Tu carreta crujirá como si del trono de la Esperanza se tratase, su paso nos dejará paladares dulces de vinos moscateles. La sal del mediterráneo será la señal del pacto con Dios, y el nácar blanco de las almejas del chupi tira le harán un palio de brillos de pureza. La plata de las escamas de los boquerones irá en tus ánforas y varales, y las flores de los jardines de las casas consistoriales hermosearán tu rango, las campanillas repicarán por verdiales, y a tu paso dejaras fragancias de jazmines, de las biznagas que porta la corte celestial que te escolta.

ESA ERES TU CALETA,  
EL ALMA, EL ESPIRITU Y LAS ENTRAÑAS  
DE ESTA TIERRA MARINERA  
QUE ME VIO NACER,  
ESA ERES TU, FRAGIL NIÑA  
QUE AHORA TE COBIJAS EN SANTIAGO  
ESA ERES TU, UNA PASTORA ALMONTEÑA QUE SE  
VISTE DE FIESTA  
PARA BAILAR POR MALAGUEÑAS.

Ilusión, nerviosismo y esperanza. Es viernes de medalla al cuello, de un año más junto a ella. En la misa, nos acercamos a Dios, al amigo, hablamos con su Madre que desde el Simpecao nos mira, y pondremos a sus divinas plantas las ofrendas de los buenos peregrinos, nuestras promesas, nuestros secretos y también el recuerdo vivo de los ausentes.

Bullicio de corazones impacientes, de caballistas con guapas malagueñas a la grupera, de peregrinos que cantan. El boyero espera que el cohetero anuncie la salida del Simpecao. La reluciente carreta, brilla argénteo, espera. La urna de blanca plata que será palio para ese retablo de regios bordados que tallaran las manos de Manuel Mendoza y las hermanas Martín Cruz.

Ya sale el Simpecao, San Miguel se inclina como custodio perpetuo de la pureza de la mujer más bella de la creación. La Virgen no se despid

de los que se quedan porque se refugia en sus corazones. Mi corazón se estremece, los recuerdos me embargan, que grandeza en el mensaje que suena a los vientos:

¡Aquí está la Madre de Dios, vamos con Ella!

Y Málaga abrigará nuestro paso, entre casas palaciegas y blasones de un pasado aristocrático, impregnando nuestro caminar de pentagramas de toreros del maestro Puyana, de grandiosas tardes en la malagueta, de mediterráneo mar que salpica en las olas desde los baños del Carmen, de fragancias celestiales de aves del paraíso y azucenas victorianas de los jardines de Pedro Luis Alonso, de trazos picassianos de la plaza de la Merced, y de ajedrezados mudéjares de la iglesia de Santiago Apóstol, donde se escribirá otra parte de nuestra historia caletera, y de la majestad de unos Reyes católicos que nos entregaron la Victoria de María, y ante la que nos santiguaremos para pedir su conventual amparo.

Martiricos al fondo, la explanada del martirio de dos chiquillos llamados Ciriaco y Paula nos espera.

La primera noche, los eucaliptos cobijarán a familiares y amigos; noche de arte, de ganas de camino, de compartir con los que se quedan en el espíritu de la Convivencia Rociera, la noche será larga pero inolvidable.

El alba desperezará y los primeros trinos de los pájaros serán la melodía que ponga en marcha la caravana hacia el Coronil, donde pernoctaremos.

Concepción Béjar Sanz

El relente del amanecer se impregna por vez primera de los dulces sonidos de una flauta que nos anuncia el alba de la mañana.

Por fin se eleva al cielo el primer cohete que rompe el crepúsculo y que anuncia un nuevo día.

Al estallido de la pólvora en el cielo, le sucede el sonido de los motores que aleatoriamente arrancan de las diferentes carretas que forman la acampada y los primeros peregrinos que echan el pie a tierra son recibidos por los guardianes de la noche que con voz de haber templado ya una copa de machaco con algo de agua para bajar su dulzor, los reciben con un lacónico: ¡¡buenos días romeros!!

Y se empiezan a preparar las cafeteras y las mesas de cada carreta ofrecen pan, magdalenas, manteca blanca y colorá... mientras en otras aún quedan restos de la batalla.

Una estampa de todos conocida y que en sus contrastes guarda su encanto. Unos desayunan para vestirse y empezar las tareas de recogida mientras otros hacen lo propio para recogerse ellos.

Son días que uno vive con ilusión pero pesados por las horas de carretera.

Días en que las piernas van cogiendo fuerzas para las jornadas que están por venir y donde se suceden las situaciones más inimaginables como escuchar a alguien llamar a un taxi por la alcachofa de una hornilla de butano.

Es lo que tiene tantas horas por el asfalto, que sacan lo más atribulado que pasa por la cabeza de algunos.

Estos primeros días son así pero nos han dejado jornadas magníficas en todos los puntos por los que hemos ido parando: Fuente de piedra, Ardales, Morón, Puerto Serrano... por citar algunas de las poblaciones que nos han recibido siempre con los brazos abiertos ya que para ellos no es usual que una hermandad rociera haga un alto en su camino para convivir con sus vecinos.

Y sin duda en todas ellas hemos pasado noches fantásticas porque nuestra disposición siempre es la mejor, y también en alguna hemos tenido algún otro episodio digno para el recuerdo.

Pero el cuerpo nos pide pisar el campo y que estas jornadas a pesar de que se disfrutan de forma distinta pasen rápido para poder cruzar el río que divide a nuestra tierra andaluza y nos acerque a los pastos de Doñana.

Sin duda, el cruce del Guadalquivir es una jornada especial en que la que los caminos se estrechan hasta llegar a la orilla del río.

Y una vez más a las orillas de ese río que es columna vertebral de nuestra Andalucía, que en sus años de vida ha conocido mil y un acontecimientos que han marcado la historia de nuestra tierra.

Otro año que vuelve a ser testigo del paso de nuestro Simpecado que queriendo emular a nuestro Señor en el Mar de Galilea, cruza flotando las aguas al encuentro de sus peregrinos que al lado opuesto esperan el paso de nuestra carreta para acompañarlo por las calles, y saludar al pueblo de Coria y a su Virgen de la Estrella que tan buenos anfitriones son con nosotros.

Es un día importante ya que por fin nos adentramos en los campos para acompañar nuestro caminar e iniciar la nueva semana que empieza al paso que nos han de marcar los bueyes...

El primer rayo del lunes  
anuncia que ya es la hora  
de escuchar el tintineo  
que nos lleva a ti Señora  
Ya están enganchadas las vacas  
y a la voz de un macho errante  
da el primer tirón de bueyes  
mi Simpecado por las calles.  
Atrás quedó ya el asfalto,  
la Estrella y Coria del Río,  
que se engalana de fiesta  
para verte a ti Rocío.  
Con paso firme y juncal  
y alumbrando tu camino  
se alzan de nuevo los sonos  
de un tamboril peregrino.  
Es tu hermano y es el mío,  
y hace vibrar con su flauta

a aquel que escucha sus trinos.  
Pocos habrá Madre Mía  
que pongan el sentimiento  
a su Simpecao verde  
brinda tu tamborilero.  
Siempre fiel a su hermandad,  
siempre a su lado con celo,  
entregando el corazón  
sin desfallecer por ello.  
Grandes sus sonos Señora,  
alegando los sesteos,  
o rezando con su gaita  
cuando la luz ya se pierde  
por entre arenales viejos.  
Su arte no tiene duda,  
su compromiso es sincero,  
guarda siempre madre mía,  
a mi vera y por los restos  
a mi gran Pedro Camuña,  
¡mi hermano Pedro el Pitero!

Así arrancan los días de camino que nos quedan con el tintineo de la carreta acompañado por el crujir de las ruedas, que van sembrando la esencia de Málaga por caminos y senderos.

Y en nuestro discurrir entre romero y lentisco, vamos andando o a caballo acompañando a nuestro Simpecado camino de la ermita de San Diego, testigo de sesteos inolvidables o de las mágicas noches de Cuatrovitas, un marco incomparable donde hemos pasado grandes noches de camino al calor de la candela y preciosas misas en familia en un entorno de extraordinaria belleza.

Una candela que ya no nos da cobijo con su calor, pero de ella quedan el fuego de las velas que cada noche hacen de vigía de nuestra Señora y que aún con su tenue calor hacen que se forjen amistades que nacen en los caminos.

Y entres cantes, palmas, risas y oración llega una nueva mañana, para mí la más bonita del camino.

Una mañana en la que el sol desafía al relente del amanecer con un brillo especial.

No es una jornada larga pero si cargada de emociones, donde el vado del Guadiamar nos espera y donde tengo por callada compañera a la rueda derecha de nuestra carreta.

En el Cielo saben el porqué.

Momentos donde las familias se unen cuando pisan el agua del Quema no sin antes rendir pleitesía a la hermandad de Aznalcazar, que en su templete nos recibe como prólogo de una ceremonia que puede parecer ya ancestral.

Los caballistas van abriendo camino y parándose en el cauce del río como un abanico, donde esperan en las aguas a esa carreta de plata que como nunca brilla.

A los lados los romeros abren pasillo para que como Reina que es, Ella bendiga las aguas donde los nuevos romeros van a ser bautizados.

Y se reza con emoción la salve a la señora, con vivas de los peregrinos y entre el chapoteo de los caballos que con sus manos salpican queriendo aliviar así del calor a los caminantes que con botos o descalzos hunden sus pies en el barro del Quema.

En el centro de este cuadro un romero ya curtido, ejerce de maestro de ceremonias hundiendo un mazo de medallas que aúnan muchos años de camino y con sus palabras da bautizo a los nuevos peregrinos:

“Yo rociero viejo, te bautizo a ti rociero nuevo con el nombre de.....” y cada uno guardamos el nuestro para mejor recuerdo de nuestro primer camino.

Aquí afloran las lágrimas inevitablemente por la emoción del momento vivido o bien por el recuerdo de los que no han podido venir, o simplemente no están.

Vivencias que se quiebran al tirón que dan los bueyes, que con virulencia e intensidad se enfrentan a la cuesta que nos ha de sacar de las frías y benditas aguas del Quema que un año más ha calado nuestros pies y llevado nuestras lágrimas hasta el mar.

Arriba nos esperan aquellos que bien “planchaos” por circunstancias no han podido hacer el camino pero que como es normal, no se quieren perder tan importante cita con su hermandad.

Una vez secos y de nuevo pie a tierra nos preparamos para un momento clave: Villamanrique de la Condesa, cuna de tamborileros, de la primera de las hermandades filiales del Rocío y de Gregorio Medina excepcional testigo y descubridor de la Reina de las Marismas.

Avanza la tarde y con ella aumenta el palpitar del corazón que empieza a presagiar la calma que es antesala de una tempestad de emociones. La espera se hace tensa, intranquila...

Se preparan todos los enseres y los arros de los bueyes que con sus frontiles y mejores galas se arreglan para tan importante cita.

Parece que nunca vamos a salir hasta que por fin arrancamos andando detrás de la carreta de nuestro Simpecado.

Siguen subiendo las pulsaciones y con la mirada vamos buscamos a quien va a ser la guardiana de nuestro sombrero.

Batimos las palmas al compás de la música, pero no las oímos porque el corazón late más fuerte.

Se escuchan los cohetes, las campanas y el bullicio de una plaza que está abarrotada esperando a ver la presentación de las hermandades.

El paso se aligera, nos buscamos con la mirada y doblando la última curva nuestras manos ya están agarradas a la barra trasera del Simpecado.

Allí no solo no se oye la música si no que ya no se ve. Solo tenemos en nuestra mirada varias caras: Moisés, Juan y Alejandro Teruel, Quique Sacramento, Félix, Pachu, Nardi, Juan Carlos, mi Jesús Corrales y por supuesto mi hermano del camino Dani Carnero, con quien he vivido siempre este momento de la forma más intensa.

Y a la voz de nuestros bolleros rompe su tintineo nuestra carreta y sube como una exhalación nuestro Simpecado las escaleras del cielo que nos llevan a la gloria misma.

Los brazos se funden entre ellos y con el hierro, los hombres son palancas clavadas sobre los escalones para que la carreta no caiga y brille con luz propia ante el asombro y emoción del pueblo de Villamanrique.

Suenan los primeros vivos y con la voz rota del camino, estos niños que ya son padres abren sus gargantas para cantar sevillanas a su gloria como podría ser esta, que son puro sentimiento y que hacen que verter ríos de lágrimas a los que allí debajo estamos:

Un año más a tus plantas  
En los peldaños del cielo  
Desbordaos de sentimientos  
Se encuentran tus caleteros  
Fundidos en su sudor  
a presentar sus respetos  
El corazón no descansa  
y no hay nada que lo explique  
y no hay nada que lo explique  
como se entrega Caleta  
al pisar Villamanrique.

Los aplausos rompen como un estallido de alegría el silencio en la plaza y como un resorte sale de mi garganta un desgarrado viva a MI hermandad y a nuestra bendita Madre con la poca voz que me deja un corazón que se quiere salir por la boca.

Los cuerpos se vuelven a tensar y se hince el hombro en un varal que no ha de bajar al suelo.

Momentos de extraordinaria tensión ya que hay que aguantar la caída de las ruedas, para aliviar a los animales a bajar tan pesada carga.

Suenan voces de atención y de puro nervio para que nada pase a los peregrinos que con el alma empujamos hacia arriba para que las ruedas se posen en el suelo y el faldón de plata que cierra nuestro cajón, no pille las piernas de ninguno de nosotros.

Otro año más se ha obrado el milagro, y hemos descargado una mochila de sentimientos que se funden y se encuentran en emocionados abrazos de los que allí nos congregamos.

Porque son muchos caminos, muchos recuerdos y momentos en los que te quieres abrazar a tus seres más queridos y si estos no están la herida de los sentimientos es más difícil de cerrar.

Esto es Villamanrique, donde fuerza, corazón y sentir rociero se funden en una explosión de emociones que solo sabe entender el que la ha vivido, y por suerte el que aquí habla lo sigue haciendo desde la primera vez que nuestro Simpecado subió los benditos peldaños manriqueños con tan solo siete hermanos detrás.

Amanece un nuevo día y de nuevo el toque de alba rompe el silencio del crepúsculo manriqueño.

Nos espera el día en que los caminos de nuestras hermandad se entroncan con los de hermandades centenarias que desde siglos atrás han ido haciendo su peregrinar hacía donde nuestra Reina luce hierática en su Majestad.

Avanza la mañana con el dulce tintineo de las campanillas de nuestra carreta que busca el cancelín que abre paso a la inmensidad de ese cortafuego natural que atraviesa el Coto del Rey en toda su amplitud. Ante nosotros siete siglos de historia se nos presentan por este antiguo camino real que con posta en el Palacio de Lomo de Grullo, comunicaba a Villamanrique con las Rocinas.

Llega el día en que nuestros pies se sumergen en los surcos ancestrales de una Raya Real que ante nuestros ojos se presenta interminable.

Desde aquí, una nube de polvo será el incienso que acompañe nuestro caminar por las duras arenas.

Los peregrinos, irán pendientes de que nadie se quede atrás y que ninguna raíz desvirtúe el dibujo que dejan las huellas de las ruedas en la arena.

El alcalde de carretas desde su cabalgadura o a pie irá pendiente de los romeros, de que no sufran las vacas que de nuestro Simpecado van tirando y de que ninguna rama pueda dañar el templete de nuestra carreta que en su cimbreo va sorteando las dificultades de los senderos.

Estamos en un paraíso terrenal donde los pinos son testigos de los rezos, los cantos y la devoción que los peregrinos van derramando por la senda marismeña.

Los pajarillos saltan de rama en rama y la jara, el romero y el lentisco perfuman la avanzadilla de una caravana que en pequeños grupos no dejan

de rodear a la imagen de nuestra Señora que guía nuestro caminar. Es un día duro pero donde en especial el Ángelus no puede encontrar mejor marco.

Estremece ver a esos peregrinos que a pesar de sus dificultades no se quieren alejar de la carreta y se aferran fuertemente a la barra del Simpecado para que éste les de la fuerza que los surcos en la arena va mermando.

Pero la fe de los romeros y la alegría de los peregrinos es más fuerte que las dificultades del camino y donde las máquinas pinchan en la arena, ellos no lo hacen y no cejan con empeño en su caminar.

Si es por el sol o por la lluvia nunca la Raya Real deja indiferente a nadie. Una impresionante avenida de arena que se abre paso entre los pinos. Un escenario que tiene momentos de gran bullicio y como sin igual contraste, ratos en los que la quietud y el silencio lo inundan todo.

Y así avanza la Caleta en su lento acompasar, dejando que los rayos del sol pasen por nosotros mientras disfrutamos de este día que hasta dentro de un año no se volverá a repetir

Nuestro Alcalde de Carretas será el encargado de dejar pasar la tarde para que nosotros seamos los dueños de la noche y donde dejamos que esa palmera que se ve al final de la raya y a la que parece que nunca vamos a llegar, se pierda en la negrura y el espesor del coto.

Llega un momento precioso, los faroles de la carreta se encienden poco a poco porque el dueño de la luz del Simpecado así lo quiere y con mimo, paciencia y una caña... va con todo el cariño y enorme cuidado encendiendo cada vela que hará brillar las tulipas de nuestra carreta para que sea nuestra única luz y referente en ese momento.

Cuando la noche se acerca,  
y el sol despide a los carretas,  
el silencio es el testigo  
del caminar de Caleta.  
La yunta para la lucha  
y el boyero descansa su espalda,  
porque la jornada es dura  
frenando el andar de las vacas.  
Parada improvisada

que sienta a los peregrinos  
con las piernas ya cansadas  
por los surcos del camino,  
sirve para dar paso  
a un romero con sigilo  
que cuidando va la carreta  
desde el día que salimos.

Su trabajar es callado,  
es sincero y con cariño  
porque desde que entronamos  
a la virgen en Madre de Dios,  
se siente el mayordomo  
de un trono que va dibujando curvas  
por caminos y vereas.

Es el dueño de la luz  
que no le falta a tu cara  
y el que enciende las tulipas  
portando con él su caña.  
De corazón caletero  
Y sevillanas maneras  
Es nuestro Moisés Guerrero  
¡¡Vigía de nuestra carreta!!

Y retomamos la senda que nos ha de llevar al Palacio del Rey sin más luz que la que ilumina a nuestro Simpecado.

Los sones de la gaita resuenan entre los negros pinares que arropan nuestro caminar y hacen aún más íntimo nuestro encuentro con la Señora. Ya no hay cansancio ni ganas de llegar.

Solo de disfrutar de esta estampa que luce en la soledad de la noche y de cada sonido del crujir de la carreta, de cada cante y rasgueo de guitarra hasta entrar triunfantes en nuestra acampada al paso que marca el tamboril.

Y poniendo como colofón a la jornada, una salve que se eleva al cielo del Coto con la fuerza de los corazones de los romeros que no han

desfallecido acompañando a nuestra imagen de la Señora donde en Palacio del Rey, ella es la Reina.

Llega la última jornada de camino antes de encontrarnos con la Señora y nos despedimos de la parada en Palacio del Rey, donde al iniciar de nuevo nuestro caminar, muchos miran de reojo a ese pilón en el que más de uno han tenido su bautizo de camino por inmersión, no precisamente en cristalinas aguas.

No es raro que conforme se agrupa de nuevo la caravana alguna cigüeña se asome ante el fulgor de nuestra carreta con los primeros rayos de sol del día.

Nuestro tamborilero, una vez más irá abriendo paso con su gaita y tranquilamente irá discurriendo la jornada.

El cansancio se deja notar, pero un brillo especial invade la cara de los romeros.

Nos volvemos a cruzar con hermandades con las que fraternalmente nos saludaremos, iremos sorteando ramas y hoyancas para no dañar a nuestra carreta y buscando el amparo de los pinos si quiere el sol de la marisma estar presente en nuestro caminar.

Poco a poco avanzamos metros y en un recodo del sendero al que los malagueños en su día denominamos “raya chica”, haremos parada hasta que nos encontremos con nuestra madrina, la Real Hermandad de Málaga que con el poderío que tenemos en nuestra tierra se hará presente entre una ingente nube de romeros para celebrar juntos que el ángel del Señor se anunció a María.

Es uno de esos momentos mágicos del camino donde el hermanamiento se hace patente y el rezo se une al canto al unísono, entre ambas hermandades.

Gozaremos de la alegría de volver a encontrarnos en estas benditas arenas y serán Emilio y mi querido Pedro, los que eleven sus trinos al cielo para más gloria del momento que se sellará con vivas a ambas hermandades, a la tierra que llevamos por bandera y por supuesto a la Madre de Dios.

Y así retomaremos nuestro caminar, con el buen sabor de boca de hacer patente que Málaga está en el Rocío y recordando esa estampa sin

igual de hace veintiséis años, en que ambas hermandades entramos juntas en la aldea almonteña.

Empezarán a aparecer hermanos que no quieren perderse el momento de acompañarnos los últimos metros y nos daremos cuenta de lo curtida de nuestra piel por el sol o de las huellas que el polvo levanta al andar cuando nos encontremos con ellos.

El bullicio va creciendo y se presentan ante nosotros las últimas islas de árboles y matorral que saldrán a nuestro encuentro.

Un último giro, una última curva y tras las altas matas la entrada al paraíso marismeño: el Ajolí, ese puente de palos podríos que parecen de marfil cuando llego pal Rocío...

De nuevo el pellizco en el pecho y un nudo en la garganta, ¡¡¡¡ya estamos aquí!!!!

Otro año más la Señora ha querido que juntos hagamos nuestro peregrinar para que compartamos y vivamos todos como hermanos que somos. Como esos apóstoles que todo dejaron atrás para seguir a Nuestro Padre Jesús sin importar el cansancio ni los infortunios del camino.

Una piña de romeros se irán buscando entre ellos, y se aglutinarán detrás de la carreta del Simpecado cantando al cielo azul de la marisma que Caleta tiene bombón, bombón de la bombonera.

Se producirá de nuevo el momento en que las lágrimas de alegría y de añoranza bañarán nuestras mejillas y muchos romeros que apenas se conocían al salir de Santiago, se abrazarán como hermanos y en muchos casos se forjará una bonita amistad, quizás algún amor o alguna familia que a los años revivirán juntos este momento.

¡¡¡Ahí está Caleta!!! luciendo en su majestad encima del centenario puente que da la entrada al lugar donde mora la Reina de las Marismas, donde gentes de la tierra que es origen del verdial y los cantes abandolaos rezan juntos de nuevo ante la imagen de nuestro Simpecado.

Y nuestro Alcalde de Carretas y nuestro Hermano Mayor juntos darán vivas a la Virgen y a su Divino Pastor y en fraternal abrazo se fundirán para a continuación recorrer todos los últimos metros de camino.

Al cielo resuenan ya incesantes las campanas que al otro lado del Puente del Rey redoblan vertiginosamente rebosantes de alegría desde la

espadaña de esa casa de hermandad, que gracias a muchos hermanos con Juan Miguel Ferrer a la cabeza, a bien tuvieron de construir para lujo y orgullo de los caleteros.

La primera que saluda a los romeros que por el camino viejo de Villamanrique llegan hasta la aldea almonteña, tomando así el relevo que en su día nos dió la hermandad de Gibraleón.

Todo es júbilo y alegría, más rezos, cantes y abrazos que preceden a la última maniobra que nuestros boyeros harán para que la Señora que luce en nuestro Simpecado nos dé a todos su bendición.

Pero falta Ella, la Reina, la Señora. María de los Remedios que en su ermita blanca espera a que nos postremos ante Ella, como hicieron reyes, papas y tantos rocieros viejos.

Es el momento culmen del camino, el de rendir cuentas ante Ella, el de llorar con el corazón abierto mientras de rodillas nos agarramos con fuerza ante su reja.

Ella una vez más con su mirada complaciente nos dará de nuevo su bendición y viviremos la alegría de poder encontrarnos con Dios a través de su Madre.

Así son nuestros caminos...

Manuel Labrador Spínola

Cuando todo está más cerca,  
cuando nada importa nada.

Cuando tu aldea soñada  
me deja cruzar su puerta,

cuando se acaba el camino,  
cuando me quito las botas,  
cuando llego a mi destino,  
cuando el cansancio me explota

siento el abrigo que ofrecen  
marisma y eucaliptales,  
sombrajo, parada y fonda  
de rocieros cabales,

donde Alfonso diez el Sabio  
tiempo ha plantó una ermita.  
Donde una Paloma bendita  
puso a la fe un relicario

de arena, pinos y cielo.

Un páramo de pureza,  
de estrellas sol y romero,  
donde habita la grandeza

que empuja a los peregrinos  
aunque les falten las fuerzas  
a postrarse ante la reja

donde termina el camino.

Y allí susurra en silencio  
con lágrimas por su cara  
desde dentro, muy adentro  
un suspiro que es plegaria:

Te debo dos primaveras,  
Rocío de mi locura.

Te debo otras dos esperas,  
con sus desvelos de cuna.

Dos caminos, dos ensueños,  
de los que nunca se olvidan:  
los que viví de recuerdos  
en la distancia sufrida.

Perdóname tú, Rocío,  
por maldecir enfadado  
el designio que ha traído  
dos caminos imaginados

teniendo a la vez salud  
mientras tantos se marcharon.

Nadie más, tan solo tú,  
podrá limpiar mi pecado.

Luego cerraré mis ojos

para soñar con la tarde  
en que florezcan los rojos,  
los añiles, los granates,

los amarillos y verdes  
por las cornisas de plata,  
por capiteles y ánforas  
del aromado templete

que los caleteros llevan  
con perfume de biznaga,  
donde San Miguel gobierna  
y Victoria es capitana.

Desde el ubio hasta la barra  
de las promesas se siente  
que está la tarde impaciente  
por escuchar las guitarras

y las voces que se elevan  
abrigando al Simpecado:  
desde mi casa a tu puerta,  
piropos de enamorado  
por las calles de la aldea  
que en la marisma resuenan:

voy caminando junto a ti  
por un sendero de ilusión.

te traigo un rezo hecho canción,  
la devoción que yo sentí  
cuando tan solo era un chiquillo  
y tu mirada se cruzó  
con esos ojos bajos de mi corazón.

Que no se pierda ese compás  
del Simpecado y su perfil.  
Eres mi torre de marfil,  
eres mi noche pa soñar

con una Salve a voces rotas en el puente del Ajolí  
y un llanto claro por lo que te voy a explicar:

soy del Rocío y mi hermandad es la de Caleta  
y a verte vengo, Reina de mi corazón  
con el tilín tilín tilín de la carreta,  
con el alegre repicar de mi tambor.

Cerrar mis ojos querría  
para abrirlos soñolientos.  
Domingo de romería  
de rosario a paso lento

donde el cuerpo no se tiene,  
donde la impaciencia manda  
cuando Simpecados vienen  
flanqueados por bengalas

a desfilan por la ermita.  
Y Almonte sufre la espera  
hasta que una voz lo grita:  
“¡Almonteños, a por Ella!”.

Y se rompe en mil pedazos  
la primavera llorosa  
y en su florido regazo,  
miles de almas temblorosas

le están prendiendo plegarias  
a la lucha de fervores  
que en un mar de corazones  
le dicen mil veces guapa

a la Reina de la Aurora,  
a mi sol de medianoche,  
a la que para las horas  
y a toda oscuridad rompe.

Porque te quiero y te espero,  
porque te anhelo en silencio,  
porque no hay penas ni tiempo  
que apague en el rociero

el deseo desesperado  
de postrarse ante tus plantas  
y romperse la garganta

gritando al aire un te quiero

a los pies del Simpecado  
que de niño me enseñaron  
que el camino que pisaron  
mis mayores a su lado

lo encabeza esa bandera  
que en su trono te trajeron  
de mar, de brisa y de cielo  
de mi tierra malagueña.

Y en la mañana del lunes  
de sol bravío y de sueño  
mis hermanos con empeño  
sobre sus almas lo suben.

Las almas que no se tienen,  
que desesperan por cientos  
por volver a ese momento  
en que la Virgen se viene

y salga del pecho ardiente  
del sacerdote en volandas  
una salve en su garganta  
que hiela el pulso y detiene

el reloj del caletero

que pone a cero la cuenta,  
que a la vida se despierta,  
que sueña con ese cielo

que Tú a la tierra les bajas  
para abrazados decirte  
que en el mundo no hay alhaja  
ni versos pa describirte

tu mirada baja y pura  
que me rinde el corazón,  
que me calienta el amor,  
que como tú no hay ninguna.

Que me muero y resucito  
cuando cimbrean tus varaes  
los almonteños al grito  
“Viva el Pastor y su Madre”.

Que el sudor que es tu Rocío  
me cubra como si fuera  
esa ilusión sin reserva  
que en mis sueños te he traío.

Que se escuche el tamboril  
cuando el gentío se apague  
ordenando que se acabe  
mi sueño roto y febril

de mi Simpecado al sol  
dando sombra a mis hermanos,  
cuando ya no estás cansado,  
cuando eres tú y el amor

con el que encuentro el consuelo,  
con el que alivio esta pena  
que es madre de esta promesa:  
al Rocío, volveremos.

Y el día 14 de mayo  
mi casa se llenará  
de mis ganas de gritar  
entre cohetes y caballos

que soy rociero y vivo  
esperando ese momento  
de partir pa estar contigo  
tras la ahijá del carretero

cuando el mayordomo entregue  
al alcalde de carretas  
el Simpecao que me lleve  
por el camino hasta Ella.

Y esa semana tan larga  
no es de vida que se pierde,  
es la pura ilusión verde

de un Rocío de Esperanza.

Y todos seremos uno  
y todos seremos de Ella  
y todos seremos tuyos:  
siempre tú, siempre Caleta,

la que entre lágrimas jura  
que volverá una y mil veces.  
Que eres mi norte y fortuna,  
que el Rocío que se siente

desde Santiago a la aldea  
volverá a partir buscando  
por tus benditas veredas  
esas tus dos primaveras  
que solita estás pasando.

No me llores tú, Rocío,  
que por cada primavera  
que has contado al pastorcito  
por qué no van las carretas

desde Málaga traeremos  
nuestro más grande tesoro:  
el corazón caletero  
que entre tus manos de oro

das calor para que pronto,  
muy pronto, Dios lo permita,  
partamos de nuevo todos  
desde Málaga a tu ermita

Pedro José Camuña Salido